

Sal y Luz

Domingo del Bautismo del Señor (B)- 10 de enero de 2021

Nº 60 Parroquia San Carlos Borromeo

Y tengamos presente, una vez más, que nadie se hace a sí mismo hombre: nacimos sin haber hecho nada nosotros; el pasivo de haber nacido precede al activo de nuestro hacer. Lo mismo sucede en el nivel de ser cristianos: nadie puede hacerse cristiano sólo por su propia voluntad; también el ser cristiano es un don que precede a nuestro hacer: debemos renacer con un nuevo nacimiento. San Juan dice: «A cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios» (Jn 1, 12). Este es el sentido del sacramento del Bautismo; el Bautismo es este nuevo nacimiento, que precede a nuestro hacer. Con nuestra fe podemos salir al encuentro de Cristo, pero sólo él mismo puede hacernos cristianos y dar a esta voluntad nuestra, a este deseo nuestro, la respuesta, la dignidad, el poder de llegar a ser hijos de Dios, que por nosotros mismos no tenemos (BXVI-8.1.2012).



*Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco
(Mc 1, 7-11)*

COMENTARIO

1.ª lectura: Is 42, 1-4.6-7: *Mirad a mi siervo, en quien me complazco.*

Salmo resp. 28. R. *El señor bendice a su pueblo con la paz.*

2.ª lectura: Hch 10, 34-38: *Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo.*

Evangelio: Mc 1, 7-11: *Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco.*

Nombrar a Cristo (Ungido) es confesar la Santa Trinidad: Pues hay uno que unge (Padre) uno que es ungido (Hijo) y uno que es la misma Unción (Espíritu Santo)

La fiesta del Bautismo del Señor es la puerta por la que pasamos del tiempo de Navidad al tiempo ordinario. En el Evangelio de San Marcos que leemos este año B, la narración del bautismo es el gran pórtico de entrada, de la Nueva y Eterna Alianza, que es Cristo. La Liturgia retoma de nuevo la figura del Bautista, que aparecía el III Domingo de Adviento, para que nos presente a Jesucristo, el Hijo de Dios, de quien él fuera precursor.

1. Juan Bautista, el último profeta (v. 7-8).

Marcos inicia su Evangelio recogiendo la gran tradición veterotestamentaria que anunciaba la promesa del Mesías y su precursor (Mc 1, 2-3): Isaías había profetizado la llegada de un mensajero divino justo antes del Mesías para preparar su camino. Sabemos que en la Antigüedad era común la llegada de mensajeros que anunciaran la venida inminente de grandes personajes; estos mensajeros ya son tratados con honores que anticipan los de su señor. Sin embargo, Juan tomó un camino muy distinto al de los mensajeros de hombres, enseñando proféticamente lo que sería el ministerio del Mesías, como reza la oración colecta del día de su martirio:

*Señor, Dios nuestro,
tú has querido que san Juan Bautista
fuese el precursor del nacimiento y de la muerte de tu Hijo;
concédenos, por tu intercesión,
que, así como él murió mártir de la verdad y la justicia,*

*luchemos nosotros valerosamente
por la confesión de nuestra fe.*

En los años sucesivos a la Segunda Guerra Mundial, un hallazgo casual dio pie a unas excavaciones en Qumrán que ha sacado a la luz textos que algunos expertos han relacionado con un movimiento más amplio, el de los esenios, conocido hasta entonces sólo por fuentes literarias. Era un grupo que se había alejado del templo herodiano y de su culto, fundando en el desierto de Judea comunidades monásticas, pero estableciendo también una convivencia de familias basada en la religión, y que había logrado un rico patrimonio de escritos y de rituales propios, particularmente con abluciones litúrgicas y rezos en común. La seria piedad reflejada en estos escritos nos conmueve: parece que Juan el Bautista, y quizás también Jesús y su familia, fueran cercanos a este ambiente. En cualquier caso, en los escritos de Qumrán hay numerosos puntos de contacto con el mensaje cristiano. No es de excluir que Juan el Bautista hubiera vivido algún tiempo en esta comunidad y recibido de ella parte de su formación religiosa.

Con todo, la aparición del Bautista llevaba consigo algo totalmente nuevo. El bautismo al que invita se distingue de las acostumbradas abluciones religiosas. No es repetible y debe ser la consumación concreta de un cambio que determina de modo nuevo y para siempre toda la vida. Está vinculado a un llamamiento ardiente a una nueva forma de pensar y actuar, está vinculado sobre todo al anuncio del juicio de Dios y al anuncio de alguien más Grande que ha de venir después de Juan. El cuarto Evangelio nos dice que el Bautista “no conocía” a ese más Grande a quien quería preparar el camino (cf. Jn 1, 30-33). Pero sabe que ha sido enviado para preparar el camino a ese misterioso Otro, sabe que toda su misión está orientada a Él.

En los cuatro Evangelios se describe esa misión con un pasaje de Isaías: Una voz clama en el desierto: “¡Preparad el camino al Señor! ¡Allanadle los caminos!” (Is 40, 3). Marcos añade una frase compuesta de Malaquías 3, 1 y Éxodo 23, 20 que, en otro contexto, encontramos también en Mateo (11, 10) y en Lucas (1, 76; 7, 27): “Yo envíé a mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino” (Mc 1, 2). Todos estos textos del Antiguo Testamento hablan de la intervención salvadora de Dios, que sale de lo inescrutable para juzgar y salvar; a Él hay que abrirle la puerta, prepararle el camino. Con la predicación del Bautista se hicieron realidad todas estas antiguas palabras de esperanza: se anunciaba algo realmente grande.

Podemos imaginar la extraordinaria impresión que tuvo que causar la figura y el mensaje del Bautista en la efervescente atmósfera de aquel momento de la historia de Jerusalén. Por fin había de nuevo un profeta cuya vida también le acreditaba como tal. Por fin se anunciaba de nuevo la acción de Dios en la historia. Juan bautiza con agua, pero el más Grande, Aquel que bautizará con el Espíritu Santo y con el fuego, está al llegar. Por eso, no hay que ver las palabras de san Marcos como una exageración: “Acudía la gente de Judea y de Jerusalén, confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán” (1, 5). El bautismo de Juan incluye la confesión: el reconocimiento de los pecados. El judaísmo de aquellos tiempos conocía confesiones genéricas y formales, pero también el reconocimiento personal de los pecados, en el que se debían enumerar las diversas acciones pecaminosas (Gnilka I, p. 68). Se trata realmente de superar la existencia pecaminosa llevada hasta entonces, de empezar una vida nueva, diferente.

Esto se simboliza en las diversas fases del bautismo. Por un lado, en la inmersión se simboliza la muerte y hace pensar en el diluvio que destruye y aniquila. En el pensamiento antiguo el océano se veía como la amenaza continua del cosmos, de la tierra; las aguas primordiales que podían sumergir toda vida. En la inmersión, también el río podía representar este simbolismo. Pero, al ser agua que fluye, es sobre todo símbolo de vida: los grandes ríos —Nilo, Éufrates, Tigris— son los grandes dispensadores de vida. También el Jordán es fuente de vida para su tierra, hasta hoy. Se trata de una purificación, de una liberación de la suciedad del pasado que pesa sobre la vida y la adúltera, y de un nuevo comienzo, es decir, de muerte y resurrección, de reiniciar la vida desde el principio y de un modo nuevo. Se podría decir que se trata de un renacer. Todo esto se desarrollará expresamente sólo en la teología bautismal cristiana, pero está ya incoado en la inmersión en el Jordán y en el salir después de las aguas.

A diferencia de los otros sinópticos, la presentación que Marcos hace de Juan es muy sucinta, y omite totalmente cualquier alusión a la venida del *dies irae* (*día de la ira*) (Mt 3, 1-10 = Lc 3, 1-17). Marcos se centra en que llega uno *más fuerte* (*gr. ischyroteros*); este término se aplica en otras ocasiones a Satanás o a opresores poderosos, pero aquí se refiere más bien al libertador esperado, al juez escatológico (Lc 11, 22) que había de venir, precedido por Elías.

El Bautista se reconoce como tal precursor: *Detrás de mí viene...* (Mc 1, 7), el uso del presente (*gr. ergetai*) da la nota de inmediatez. Marcos señala también, en las palabras de Juan, la radical diferencia entre Juan -y en él de todos los

anteriores enviados de Dios- y Jesús; Juan se considera como el siervo indigno que dirá Jesús, pues atar y desatar las sandalias era tarea de esclavos.

De igual modo queda patente la diferencia entre la misión de los profetas y la del Mesías. Juan es consciente de asistir y colaborar con esta página de la historia de Dios con el hombre, y se maravilla, admirado, de lo que va a ocurrir: el hombre va a ser ungido con el Espíritu Santo. El paralelo de Lucas dice *Espíritu Santo y fuego* (Lc 3, 16). La tradición de la Iglesia lo ha hecho aludiendo al efecto purificador que el bautismo de la Nueva Alianza tendrá sobre el hombre al incorporarlo a la vida divina.

2. El bautismo de Jesús (v. 9-11).

Toda Judea y Jerusalén acudía para bautizarse. Pero ahora hay algo nuevo: por entonces llegó Jesús desde Nazaret de Galilea a que Juan lo bautizara en el Jordán (Mc 1, 9). Hasta entonces no se había hablado de peregrinos venidos de Galilea; todo parecía restringirse al territorio judío. Pero lo realmente nuevo no es que Jesús venga de otra zona geográfica, de lejos, por así decirlo. Lo realmente nuevo es que Él, Jesús, quiere ser bautizado, que se mezcla entre la multitud gris de los pecadores que esperan a orillas del Jordán. El bautismo comportaba la confesión de las culpas (ya lo hemos oído). Era realmente un reconocimiento de los pecados y el propósito de poner fin a una vida anterior malgastada para recibir una nueva. ¿Podía hacerlo Jesús? ¿Cómo podía reconocer sus pecados? ¿Cómo podía desprenderse de su vida anterior para entrar en otra vida nueva? Los cristianos tuvieron que plantearse estas cuestiones. La discusión entre el Bautista y Jesús, de la que nos habla Mateo, expresa también la pregunta que él hace a Jesús: Soy yo el que necesito que me bautices, ¿y tú acudes a mí? (3, 14). Mateo nos cuenta además que Jesús le contestó: "Déjalo ahora. Está bien que cumplamos así toda justicia. Entonces Juan lo permitió" (3, 15). En el mundo en que vive Jesús, justicia es la respuesta del hombre a la Torá, la aceptación plena de la voluntad de Dios, la aceptación del yugo del Reino de Dios, según la formulación judía. El bautismo de Juan no está previsto en la Torá, pero Jesús, con su respuesta, lo reconoce como expresión de un sí incondicional a la voluntad de Dios, como obediente aceptación de su yugo.

Puesto que este bautismo comporta un reconocimiento de la culpa y una petición de perdón para poder empezar de nuevo, este sí a la plena voluntad de Dios encierra también, en un mundo marcado por el pecado, una expresión de solidaridad con los hombres, que se han hecho culpables, pero que tienden a la

justicia. Sólo a partir de la cruz y la resurrección se clarifica todo el significado de este acontecimiento. Al entrar en el agua, los bautizados reconocen sus pecados y tratan de liberarse del peso de sus culpas. ¿Qué hizo Jesús? Lucas, que en todo su Evangelio presta una viva atención a la oración de Jesús, y lo presenta constantemente como Aquel que ora, en diálogo con el Padre, nos dice que Jesús recibió el bautismo mientras oraba (cf. 3,21). A partir de la cruz y la resurrección se hizo claro para los cristianos lo que había ocurrido: Jesús había cargado con la culpa de toda la humanidad; entró con ella en el Jordán. Inicia su vida pública tomando el puesto de los pecadores. La inicia con la anticipación de la cruz. Es, por así decirlo, el verdadero Jonás que dijo a los marineros: “Tomadme y lanzadme al mar” (cf. Jon 1, 12). El significado pleno del bautismo de Jesús, que comporta cumplir toda justicia, se manifiesta sólo en la cruz: el bautismo es la aceptación de la muerte por los pecados de la humanidad, y la voz del cielo “Este es mi Hijo amado” (Mc 3, 17) es una referencia anticipada a la resurrección. Así se entiende también por qué en las palabras de Jesús el término bautismo designa su muerte (cf. Mc10, 38; Lc 12, 50).

Sólo a partir de aquí se puede entender el bautismo cristiano. La anticipación de la muerte en la cruz que tiene lugar en el bautismo de Jesús, y la anticipación de la resurrección, anunciada en la voz del cielo, se han hecho ahora realidad. Así, el bautismo con agua de Juan recibe su pleno significado del bautismo de vida y de muerte de Jesús. Aceptar la invitación al bautismo significa ahora trasladarse al lugar del bautismo de Jesús y así recibir en su identificación con nosotros nuestra identificación con Él. El punto de su anticipación de la muerte es ahora para nosotros el punto de nuestra anticipación de la resurrección con Él. En su teología del bautismo (cf. Rm 6), Pablo ha desarrollado esta conexión interna sin hablar expresamente del bautismo de Jesús en el Jordán.

Mediante su liturgia y teología del icono, la Iglesia oriental ha desarrollado y profundizado esta forma de entender el bautismo de Jesús. Ve una profunda relación entre el contenido de la fiesta de la Epifanía (proclamación de la filiación divina por la voz del cielo; en Oriente, la Epifanía es el día del bautismo) y la Pascua. En las palabras de Jesús a Juan: “Está bien que cumplamos así toda justicia” (Mt 3, 15), ve una anticipación de las palabras pronunciadas en Getsemaní: “Padre..., no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Mt 26, 39); los cantos litúrgicos del 3 de enero corresponden a los del Miércoles Santo, los del 4 de enero a los del Jueves Santo, y los del 5 de enero a los del Viernes Santo y el Sábado Santo.

La iconografía recoge estos paralelismos. El icono del bautismo de Jesús muestra el agua como un sepulcro líquido que tiene la forma de una cueva oscura, que a su vez es la representación iconográfica del Hades, el inframundo, el infierno. El descenso de Jesús a este sepulcro líquido, a este infierno que le envuelve por completo, es la representación del descenso al infierno: sumergido en el agua, ha vencido al poderoso (cf. Lc 11, 22), dice Cirilo de Jerusalén. Juan Crisóstomo escribe: “La entrada y la salida del agua son representación del descenso al infierno y de la resurrección”. Los troparios de la liturgia bizantina añaden otro aspecto simbólico más: el Jordán se retiró ante el manto de Eliseo, las aguas se dividieron y se abrió un camino seco como imagen auténtica del bautismo, por el que avanzamos por el camino de la vida (Evdokimov, p. 246).

a.- La teofanía del Jordán (v. 10).

Los testimonios evangélicos sobre la teofanía de la Trinidad en el bautismo de Cristo no coinciden plenamente. En el texto de este domingo, el de Marcos, al igual que en el de Lc 3, 22, la voz del Padre desde el cielo utiliza la segunda persona del singular: “Tú eres mi Hijo”. En cambio, Mateo utiliza la tercera del singular: “Este es mi Hijo” (Mt 3, 17). Juan no recoge esta frase, sino el testimonio del Bautista de haber visto bajar y permanecer sobre Jesús el Espíritu Santo en forma de paloma (Jn 1, 32). Por otra parte, Mateo dice que al salir Jesús del agua *se le abrieron los cielos y vio al Espíritu* (gr. *idou aneochthesan auto hoi ouranoi, kai eiden to Pneuma*) de modo que la teofanía sería sólo contemplada por Jesús. En la misma línea se encuentra Marcos. Lucas sólo narra los hechos, sin referirlos a ninguna persona en particular. Por último, es muy significativo que Juan diga que el Bautista contempló la teofanía.

Algunos autores ven en el hecho de que Juan contemplase, o al menos viese al Espíritu Santo en forma de paloma, la confirmación del ministerio del profeta. Él sabía que el Mesías había de ser plenamente ungido con el Espíritu Santo, y que él sería testigo de esa unción para poder dar testimonio a Israel de la presencia del Mesías entre el pueblo.

Hay un dato que no ha pasado por alto a los estudiosos: la teofanía tiene lugar tras el bautismo, cuando Jesús sale del agua. No es el bautismo lo que provoca la teofanía, sino el momento elegido por Dios para que ocurra. En el AT eran los profetas quienes ungían a los reyes; ahora, al ungir al Mesías, no es un profeta quien lo hará, sino el mismo Dios, pero su profeta será el testigo de esta unción. He ahí la importancia de la presencia de Juan como espectador privilegiado

de este misterio de la vida de Cristo. El Mesías estaba ya presente, con lo cual la misión de Juan tocaba su fin; sin embargo, el secreto mesiánico se mantendrá todavía algo más de tiempo.

En cuanto a la manifestación del Espíritu Santo en forma de paloma, que ha pasado a la iconografía occidental principalmente, sólo se halla un testimonio tardío en un targum judío que comenta Cant. 2, 12 (*Se oye el arrullo de la tórtola en nuestra tierra*), y compara el arrullo con *la voz del Espíritu Santo de salvación*. Otra alusión, más fiable, aunque no hable de un ave concreta, es Gn 1, 2: “el Espíritu aleteaba sobre las aguas”.

b.- “Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto” (v. 11) .

Esta frase es composición de dos frases del AT. La primera parte corresponde al Sal 2, 7: “Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy”; y la segunda de Is 42, 1, que aparece en la primera lectura de este domingo. Las dos frases hacen referencia a dos figuras centrales del pueblo de Israel: el rey y el Siervo de Yahvé. Ambos son mediadores carismáticos de Dios, es decir, ungidos por el Espíritu de Dios. Ambos son figura del Mesías que había de venir.

El rey y el Siervo coinciden también en la dimensión universal de su misión. Según la concepción no sólo de Israel, sino de los antiguos pueblos de Oriente Próximo, el rey tenía una naturaleza cuasi divina, y desde su trono gobernaba todo el mundo habitable, así lo recoge el salmo: “Te daré en herencia las naciones, en propiedad los confines de la tierra” (v. 8). Y el Siervo es llamado para “promover el derecho en todas las naciones” (Is 42, 1). De igual modo, el Mesías ha de ser manifestado a todos los hombres, puesto que para todos ha sido enviado. Luego la misma tradición bíblica impide la concepción nacionalista del Mesías que tanto abundaba en el Israel del siglo I.

Antes de pasar al tema de la consagración mediante la unción con el Espíritu Santo, conviene dar un dato interesante en cuanto a la expresión *mi predilecto* (*gr. agapetós*). En diversos estudios se explica cómo este término tiene el mismo valor en griego que *monogenes*, es decir, unigénito, único; es la fórmula utilizada en Gn 22, 2 para designar a Isaac, hijo amado e hijo único. Esta predilección filial se aplica también a Israel (Is 44, 2; 62, 4). Ahora, al referirla los evangelistas a Jesús, alcanza toda su plenitud.

El AT afirma repetidas veces que los jueces, los guerreros, los profetas, los reyes e incluso los artesanos estaban dotados del *ruah adonai*, el Espíritu de Dios, para cumplir su misión (Jue 3, 10; 6, 34; 11, 29; Nm 24, 2; 1Sm 10, 6.10, etc.).

¿Cómo es ahora esta unción que recibe Jesús? No es un don del Espíritu Santo, sino el mismo Espíritu Santo.

Jesús, en tanto Verbo divino, ha estado siempre unido al Padre y al Espíritu. A partir de este momento, el Espíritu, al reposar en la humanidad de Jesús, en su carne, comienza su tarea de deificación de la carne humana: el Espíritu Santo actúa en la carne de Cristo la filiación divina de los hombres, por lo que podemos decir que es Espíritu de filiación. La carne de Cristo es ungida en vistas a convertirse en la Fuente de la Vida para todos los hombres, es una unción a favor de la humanidad completa. La carne del hombre llega a ser en Cristo carne de Dios. Jesús, en cuanto Verbo, era ya perfecto, pero ha de crecer en su humanidad, también en gracia, esta es la obra del Espíritu, y su fruto es que el hombre pueda cumplir la voluntad de Dios, tal y como muestran inmediatamente los relatos de las tentaciones.

De este modo, la salvación comienza a obrarse ya en Jesús, para todos, aquí ya, en la vida terrena. El Espíritu Santo, al inhabitar al hombre Jesús, ha iniciado el proceso final de la ruptura entre Dios y su criatura que marcaba la historia desde Adán. Cristo nos ha devuelto en su carne la amistad del hombre con Dios. Podemos exultar de gozo, pues hemos sido no ya devueltos a la amistad original, sino introducidos en la mismísima vida trinitaria, pues, por Cristo, hemos recibido un *Espíritu de hijos, que nos permite gritar: ¡Abbá, Padre!*

c.- Conclusión:

Deseo sólo subrayar brevemente tres aspectos. **En primer lugar**, la imagen del cielo que se abre: sobre Jesús el cielo está abierto. Su comunión con la voluntad del Padre, la *toda justicia* que cumple, abre el cielo, que por su propia esencia es precisamente allí donde se cumple la voluntad de Dios.

A ello se añade la proclamación por parte de Dios, el Padre, de la misión de Cristo, pero que no supone un hacer, sino su ser: Él es el Hijo predilecto, sobre el cual descansa el beneplácito de Dios.

Finalmente, aquí encontramos, junto con el Hijo, también al Padre y al Espíritu Santo: se preanuncia el misterio del Dios trino, que naturalmente sólo se puede manifestar en profundidad en el transcurso del camino completo de Jesús. En este sentido, se perfila un arco que enlaza este comienzo del camino de Jesús con las palabras con las que el Resucitado enviará a sus discípulos a recorrer el «mundo»: “Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19). El bautismo que desde entonces

administran los discípulos de Jesús es el ingreso en el bautismo de Jesús, el ingreso en la realidad que Él ha anticipado con su bautismo. Así se llega a ser cristiano.

Una amplia corriente de la teología liberal ha interpretado el bautismo de Jesús como una experiencia vocacional: Jesús, que hasta entonces había llevado una vida del todo normal en la provincia de Galilea, habría tenido una experiencia estremecedora; en ella habría tomado conciencia de una relación especial con Dios y de su misión religiosa, conciencia madurada sobre la base de las expectativas entonces reinantes en Israel, a las que Juan había dado una nueva forma, y a causa también de la conmoción personal provocada en Él por el acontecimiento del bautismo. **Pero nada de esto se encuentra en los textos. Por mucha erudición con que se quiera presentar esta tesis, corresponde más al género de las novelas sobre Jesús que a la verdadera interpretación de los textos.** Estos no nos permiten mirar la intimidad de Jesús. El está por encima de nuestras psicologías (Romano Guardini). Pero nos dejan apreciar en qué relación está Jesús con Moisés y los Profetas; nos dejan conocer la íntima unidad de su camino desde el primer momento de su vida hasta la cruz y la resurrección. Jesús no aparece como un hombre genial con sus emociones, sus fracasos y sus éxitos, con lo que, como personaje de una época pasada, quedaría a una distancia insalvable de nosotros. Se presenta ante nosotros más bien como “el Hijo predilecto”, que si por un lado es totalmente Otro, precisamente por ello puede ser contemporáneo de todos nosotros, “más interior en cada uno de nosotros que lo más íntimo nuestro” (cf. San Agustín, *Confesiones*, III, 6, 11).

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

San Gregorio de Antioquía, Homilía 2 en el Bautismo de Cristo.

Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Éste es el que sin abandonar mi seno, entró en el seno de María; el que inseparablemente permaneció en mí y en ella habitó no circunscrito; el que indivisiblemente está en los cielos, y moró en el seno de la Virgen inmaculada.

No es uno mi Hijo y otro el hijo de María; no es uno el que yació en la gruta y otro el que fue adorado por los Magos; no es uno el que fue bautizado y otro distinto el exento de bautismo, sino: éste es mi Hijo; el mismo en quien la mente piensa y contemplan los ojos; el mismo invisible en sí y visto por vosotros; sempiterno y temporal; el mismo que, siéndome consustancial por su divinidad, es consustancial a vosotros por su humanidad en todo, menos en el pecado.

Este es mi Mediador y el de sus hermanos, ya que por sí mismo reconcilia conmigo a los que habían pecado. Este es mi Hijo y cordero, sacerdote y víctima: es al mismo tiempo oferente y oblación, el que se convierte en sacrificio y el que lo recibe.

Este es el testimonio que dio el Padre de su Unigénito al bautizarse en el Jordán. Y cuando Cristo se transfiguró en el monte delante de sus discípulos y su rostro desprendía una luminosidad tal que eclipsaba los rayos del sol, también entonces se volvió a oír aquella voz: Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.

Si dijera: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí, escuchadlo. Si dijera: Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre, escuchadlo porque dice la verdad. Si dijera: El Padre que me ha enviado es más que yo, inscribid esta manera de hablar en la economía de su condescendencia. Si dijera: Esto es mi cuerpo que se reparte entre vosotros para el perdón de los pecados, contemplad el cuerpo que él os muestra, contemplad el cuerpo que, tomado de vosotros, se ha convertido en su propio cuerpo, cuerpo destrozado por vosotros. Si dijera: Esta es mi sangre, pensad en la sangre del que habla con vosotros, no en la sangre de otro cualquiera.

Dios nos ha llamado a la paz y no a la discordia. Permanezcamos en nuestra vocación. Estemos con reverente temor en torno a la mística mesa, en la cual participamos de los misterios celestes. Guardémonos de ser al mismo tiempo comensales y mutuamente intrigantes; unidos en el altar por la comunión y

sorprendidos fuera en flagrante delito de discordia. No sea que el Señor tenga que decir también de nosotros: «Hijos engendré y elevé y con mi carne los alimenté, pero ellos renegaron de mí».

Quiera el Salvador del mundo y Autor de la paz reunir en la tranquilidad a sus iglesias; conservar a este su santo rebaño. Que él proteja al pastor de la grey; que reúna en su aprisco a las ovejas descarriadas, de modo que no haya más que una grey y un solo redil. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

S. Ireneo de Lyon, *Contra las herejías, III, 17, 1-2.*

(Dios) prometió por medio de los profetas derramar este Espíritu en los últimos tiempos sobre sus siervos y siervas para que profeticen. Y por esto este Espíritu descendió sobre el Hijo del Dios hecho hijo del hombre: con Él se acostumbraba el Espíritu a habitar en el género humano, a reposar sobre los hombres, a residir en la obra modelada por Dios; realizaba en ellos la voluntad del Padre y los hacía nuevos haciéndoles pasar del hombre viejo al nuevo de Cristo.

David pidió este Espíritu para el género humano diciendo: *Afianza en mí un espíritu generoso*. De este Espíritu dice Lucas que descendió, después de la Ascensión del Señor, sobre los discípulos el día de Pentecostés, con poder sobre las naciones para introducir las en la vida y abrirles el Nuevo Testamento. Por lo que, en todas las lenguas, animadas del mismo sentimiento, celebraban los discípulos las alabanzas de Dios, en tanto que el Espíritu reducía a unidad a las tribus lejanas y ofrecía al Padre las primicias de todas las naciones. Por eso también el Señor había prometido enviarnos al Paráclito, para que nos asemejara a Dios. Porque de la misma manera que de la harina seca no puede, sin agua, hacerse una masa única ni un pan único, así tampoco nosotros, siendo muchos podíamos unificarnos en Cristo Jesús sin el agua del cielo. Y así como la tierra seca, si no recibe el agua, no da fruto, así también nosotros, que éramos primero leña seca, no hubiéramos podido nunca dar frutos de vida sin la lluvia generosa venida de arriba. Porque nuestros cuerpos, por medio del agua del bautismo recibieron una unidad propia para la incorrupción, en tanto que nuestras almas recibieron también su unidad por medio del Espíritu. Por eso son necesarias ambas cosas, agua y Espíritu, porque las dos contribuyen a dar la vida de Dios.

S. Jerónimo, *Comentario al Evangelio de S. Marcos, p.27.*

Y sucedió que por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea. Fijaos en el significado de las palabras. No dice: vino Cristo, ni tampoco: vino el Hijo de Dios, sino vino Jesús. Alguien podría decir: ¿Por qué no dice Cristo? Me refiero a Cristo según la carne. Dios, por su parte, es eternamente santo y no necesita ninguna santificación, pero estamos hablando ahora de la carne de Cristo. Aún no había sido bautizado, ni había sido ungido por el Espíritu Santo. Hablo de Cristo según la carne, según la forma de siervo; que nadie se escandalice. Hablo de aquel que, como si fuera un pecador, se acercó al bautismo; no trato de dividir a Cristo. No trato de decir que uno es Cristo, otro Jesús, y otro el Hijo de Dios, sino que siendo uno y el mismo es diverso según la diversidad de los momentos. *Vino Jesús desde Nazaret de Galilea.* Daos cuenta del misterio. A Juan el Bautista acuden en primer lugar los habitantes de Judea y de Jerusalén, pero nuestro Señor con quien se inicia el bautismo evangélico y que cambió los sacramentos de la ley en sacramentos del Evangelio, no vino desde Judea ni desde Jerusalén, sino desde Galilea de los gentiles. *Vino Jesús desde Nazaret de Galilea.* *Nazara* significa flor. La flor (Jesús) viene de la flor.

Gregorio Nacianceno, Sermón 39, En las sagradas Luminarias, 14-16. 20

Cristo es hoy iluminado, dejemos que esta luz divina nos penetre también a nosotros; Cristo es bautizado, bajemos con él al agua, para luego subir también con él.

Juan está bautizando, y Jesús acude a él; posiblemente para santificar al mismo que lo bautiza; con toda seguridad para sepultar en el agua a todo el viejo Adán; antes de nosotros y por nosotros, el que era espíritu y carne santifica el Jordán, para así iniciarnos por el Espíritu y el agua en los sagrados misterios.

El Bautista se resiste, Jesús insiste. Soy yo quien debo ser bautizado por ti, le dice la lámpara al Sol, la voz a la Palabra, el amigo al Esposo, el más grande entre los nacidos de mujer al Primogénito de toda creatura, el que había saltado de gozo ya en el seno materno al que había sido adorado también en el seno de su madre, el que lo había precedido y lo precederá al que se había manifestado y se manifestará. Soy yo quien debo ser bautizado por ti; podía haber añadido: «Y por causa de ti.» Él, en efecto, sabía con certeza que recibiría más tarde el bautismo del martirio y que, como a Pedro, le serían lavados no sólo los pies, sino todo su cuerpo.

Pero, además, Jesús sube del agua; lo cual nos recuerda que hizo subir al mundo con él hacia lo alto, porque en aquel momento ve también cómo el cielo se rasga y se abre, aquel cielo que Adán había cerrado para sí y para su posteridad, como había hecho que se le cerrase la entrada al paraíso con una espada de fuego.

El Espíritu atestigua la divinidad de Cristo, acudiendo a él como a su igual; y una voz bajó del cielo, ya que del cielo procedía aquel de quien testificaba esta voz; y el Espíritu se apareció en forma corporal de una paloma, para honrar así el cuerpo de Cristo, que es también divino por su excepcional unión con Dios. Muchos siglos atrás fue asimismo una paloma la que anunció el fin del diluvio.

Honremos hoy, pues, el bautismo de Cristo y celebremos como es debido esta festividad.

Procurad una limpieza de espíritu siempre en aumento. Nada agrada tanto a Dios como la conversión y salvación del hombre, ya que para él tienen lugar todas estas palabras y misterios; sed como lumbreras en medio del mundo, como una fuerza vital para los demás hombres; si así lo hacéis, llegaréis a ser luces perfectas en la presencia de aquella gran luz, impregnados de sus resplandores celestiales, iluminados de un modo más claro y puro por la Trinidad, de la cual habéis recibido ahora, con menos plenitud, un único rayo proveniente de la única Divinidad, en Cristo Jesús, nuestro Señor, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

* * * * *

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡Que la alegría y la paz de Dios colmen tu corazón en este nuevo año!

Deseo de todo corazón que hayas pasado unas santas vacaciones de Navidad, contemplando atentamente cómo Dios inicia la plenitud de su obra salvadora con el nacimiento de su Hijo de la Virgen María. Ojalá que Él haya sido tu descanso para que ahora, al reemprender el curso, lo hagas con renovado vigor. Como el Señor en Nazaret, nosotros seguimos aquí, en nuestra peculiar “vida oculta”, preparándonos como Él para anunciar a los hombres la Buena Noticia de su venida.

Es lo mismo que hizo Juan Bautista, indicar a los hombres a aquel que era su Salvador, *el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*. Siempre me ha sorprendido mucho que Dios elija testigos privilegiados para mostrarle su obra de cerca, como hizo con Juan. Nosotros, como Juan, somos también testigos privilegiados, ¿verdad? Por eso no podemos renunciar a la misión de dar a conocer a los hombres el Amor de Dios. Y, ¿te has fijado en la humildad de Juan? Siendo alabado por el mismo Señor como “el mayor de los nacidos de mujer”, se hace el más humilde, y reconoce que no es “digno de desatarle la correa de las sandalias”, ¡que el Señor nos conceda también a nosotros esa maravillosa humildad de corazón!

Bueno, querido amigo, me despido ya, no sin antes desearte que el mismo Espíritu que bajó sobre Cristo en el Jordán te colme con su fuerza. Sigue pidiendo por tantos que se encomiendan a nuestra oración en su dolor, en la prueba de la muerte, en el discernimiento de la voluntad del Señor sobre ellos, para que también sobre ellos brille la luz del Espíritu, y no te olvides de dar gracias y pedir por los que nos encomiendan en su oración, en especial los contemplativos, y disfruta así de la grandeza de la vida de la Iglesia, de la comunión de los santos en el Espíritu de Dios.

Da un abrazo a tus padres, los recuerdo con cariño en mi oración...

Doroteo.